



## PROYECTO DE CONSTRUCCIÓN DEL ANTIGUO MERCADO DE ABASTOS (1874)

El final del siglo XIX nos presenta un Villacarrillo próspero en lo económico y en lo demográfico. Esta situación favorable queda reflejada en los numerosos proyectos de infraestructuras urbanas que el municipio, y también algunos particulares, planifica y promueve para dar cabida a un vecindario cada vez más numeroso que demanda lógicamente nuevos servicios.

La construcción de numerosas casas, la apertura de nuevas calles, la remodelación de espacios urbanos ya existentes y la construcción de modernos edificios tiene como objetivo el cubrir las necesidades de una villa que es cabeza de partido y que recibirá muy pronto el título de ciudad.

Sólo por nombrar algunos ejemplos citaré los cambios que sufren algunas de las calles más significativas como la de la Feria o la antigua carretera, calle del Ministro Benavides, en donde se edifican varias de las casas señoriales que perviven en la actualidad, también se construye el cementerio municipal y un nuevo hospital al que se traslada el antiguo de San Lorenzo en las remodeladas dependencias del desaparecido convento de Santa Isabel de los Ángeles donde también se instala la cárcel del partido y el puesto de la guardia civil, variados usos para un espacio concebido sólo y exclusivamente para la oración y el retiro espiritual de sus fundadoras franciscanas.

Como podemos observar estamos en un periodo de cambios importantes en la villa, en su adaptación a los nuevos tiempos y también a los nuevos inventos generados por la revolución industrial que inciden en una sociedad cada vez más urbana. En este contexto se encuadra el proyecto que presenta don José María Gallego, síndico del ayuntamiento o lo que es igual la voz popular dentro del cabildo municipal, a la ilustre corporación de 1874 presidida por el alcalde don Juan Corencia Uribe. El síndico argumenta que la población de Villacarrillo cuenta con un vecindario numeroso, unas diez mil almas, que carecen de un lugar en donde puedan comprar y vender y que reúna garantías sanitarias y comerciales tal y como demandan los tiempos. Por ello propone que se construya una plaza de abastos en un lugar céntrico que satisfaga las necesidades de la población que carece de este servicio.

Este tipo de edificaciones dedicadas a actividades comerciales y mercantiles se puso de moda a finales del siglo XIX y está íntimamente relacionado con la utilización de nuevos materiales constructivos, como el hierro o el ladrillo, no sólo en aspectos ornamentales sino como elementos estructurales, tal es el caso de la casa de los Benavides construida en 1870, pionera en la adaptación de estos nuevos materiales constructivos y que, sin duda, son comunes en las siguientes construcciones que se realizan en Villacarrillo como el mercado de abastos o el cementerio municipal que utilizan el hierro adaptándolo en lo ornamental y también en lo funcional, pues facilita la luminosidad y ventilación que requieren estas nuevas edificaciones.

El proyecto de 1874 queda recogido en la sesión del cabildo de 8 de noviembre, en la que el síndico del común expone y justifica la necesidad de tal construcción y propone el lugar de ubicación de este mercado, organización del espacio interior, diseño y materiales a utilizar. El lugar para ubicar esta plaza de abastos tiene que ser céntrico para que los vecinos tengan acceso a sus dependencias, por ello determina que el más idóneo es el espacio comprendido entre la fachada norte de la iglesia parroquial y las casas que la rodean formando una plazuela cuyos vecinos son don Vicente Gómez de la Chica, don Ildelfonso Mármol Manjón, doña Ana María Díaz, don Fernando Poblaciones, don José Guevara Gallego, don Benito Mármol Román y don Juan Garvín Moya. La iglesia está separada de esta plazuela por una plataforma o lonja de unas doce varas de ancho. El mercado se situará en el centro de este espacio dejando unas calles que lo circunden. El área a construir tendrá forma trapezoidal, cuyos lados norte y sur medirán treinta y seis varas y media y treinta y cuatro respectivamente, un poco más largo que los situados al este y al oeste de veintisiete y veinticinco varas.

Todo el recinto estará cerrado por un muro en el que se abrirán tres puertas en los lados norte, este y oeste. Para aislar el templo de este nuevo edificio se edificará un muro sobre la lonja, de unos cinco cuartos de altura que correrá a nivel en toda la longitud del mercado y llevará cobijas de sillería labrada a dos aguas.

El interior del mercado se articulará por medio de un espacio central desde donde se organizan calles que comunican todas las puertas del mercado y las casetas. En el centro se situará un tinglado o cobertizo, separado de los frentes de las casetas por un espacio descubierto, de cinco varas, con destino a calles para el servicio. Este tinglado descansará sobre unos soportes de hierro dispuestos de modo que en su interior quede un crucero centrado para el tránsito de los compradores.

Adosadas al muro que cierra el recinto se sitúan los puntos de venta o casetas, de iguales proporciones, con entradas en cada uno de los lados. Se revestirán con un muro de ladrillo reforzado en los puntos de separación de los tabiques que formen las casetas con machoncitos de a dos ladrillos a la altura de las mismas. Los frentes estarán divididos en tres secciones: la inferior podrá ser de obra de albañilería, la media será un tablero con armadura, de media vara de ancho, articulado horizontalmente que abra hacia delante y sirva de mostrador, colocado a una altura conveniente. La sección superior la formará otro tablero, también con armadura y articulado del mismo modo que abrirá hacia fuera y servirá de "para-aguas", por lo que estarán forrados de chapa de zinc o plomo. En cuanto a las cubiertas del tinglado central y de las casetas se harán formando un entramado de hierro cubierto por láminas de zinc o plomo soldado.

Desde el punto de vista técnico y estructural este es el proyecto presentado en 1874 del que no se aporta plano pues hasta que no lo apruebe la junta municipal de obras no es necesario. Sin embargo sí se considera imprescindible determinar la financiación de estas obras que, por tratarse de un edificio público, debería realizarlas el ayuntamiento que, por otra parte, no se encuentra en el mejor momento económico para iniciar este proyecto y propone que las lleve a cabo un promotor privado que corra con todos los gastos de construcción a



cambio de explotar la finca por medio del arrendamiento durante un periodo de veinte años, plazo suficiente para que la inversión sea rentable, al término de este tiempo la propiedad pasaría al ayuntamiento formando parte de los bienes del común de vecinos. Se estima que sería beneficioso para el promotor poder arrendar diariamente las casetas por valor de un real veinticinco céntimos las situadas alrededor del mercado y de setenta y cinco céntimos las del tinglado central. También podría hacer una contrata a más largo plazo, siempre que no sobrepase los veinte años de explotación a los que tendría derecho. Además durante este tiempo tiene que garantizar la limpieza y aseo diario del mercado y la seguridad del edificio y sus mercancías.

Por su parte el ayuntamiento se compromete a declarar los seis primeros años exentos de contribución, por considerarlos como de construcción y a impedir que se venda en la vía pública, en estación fuera de feria, toda clase de mercancías de las que forman el ramo de abastos, excepto las hierbas medicinales y aromáticas. Igualmente velará por la seguridad y el orden al tratarse de un edificio público, así como garantiza total transparencia en el uso de pesas y medidas al instalar el fielato en una de las casetas que arrendará y pagará con los fondos del ramo.

Para poner en marcha este proyecto es necesario que la comisión especial de obras públicas emita un informe favorable. Dicha comisión se reúne inmediatamente lo que nos indica la oportunidad de este proyecto y el apoyo unánime del cabildo municipal. El doce de noviembre el presidente de la comisión de obras públicas don Vicente Gámez, también teniente de alcalde, informa que dicha comisión considera totalmente necesaria la construcción de esta plaza de abastos y corrobora como el lugar más adecuado para su ubicación el de la plazuela de la Iglesia parroquial, por ello da su conformidad convencido de que satisface por completo los deseos y aspiraciones del vecindario. Hace hincapié en dos cuestiones, una que el ayuntamiento carece de fondos para realizar esta obra y otra, que se comunique al párroco el proyecto teniendo en cuenta que la potestad civil y eclesiástica siempre deben estar en buena armonía. Todo lo cual lo firman y rubrican en Villacarrillo el once de noviembre de 1874. Vicente Gómez de la Chica, Pedro Serrano Bedoya, José María Gallego, Ángel Pellón y Guillermo del Prado.

Se determinan los días para subastar las obras en dos remates, el primero el quince de noviembre y el segundo el diecinueve del mismo mes y se llevarán a cabo en los locales que el ayuntamiento tiene para ese fin. Las pujas versarán sobre disminuir el número de años de explotación, mejorar las condiciones de solidez y belleza y reducir los plazos de construcción.

No tenemos más noticias sobre la evolución de este proyecto, suponemos que se paralizaría durante algún tiempo pues la inauguración de esa plaza de abastos no tuvo lugar hasta 1909. Queda esta veintena de años por revisar en los fondos municipales del ayuntamiento que seguro nos aportarán abundantes datos para conocer con todo detalle la construcción de este lugar tan íntimamente ligado a nuestra historia más reciente y que muchos de nosotros recordamos y unimos a nuestros recuerdos más personales. Para mí la imagen de esta primitiva plaza de abastos está llena de señoras tocadas con su velo de blonda, unas veces colocado aún en su cabeza y otras dejado en el cuello a modo de pañuelo que paseaban, tras la misa de nueve, por los puestos de la carne, de las verduras o del pescado. Recuerdo en una de sus esquinas a Alejandra vendiendo pescado, con una simpatía y un agrado con el que continuó más tarde en su puesto de frutas y verduras en la actual. También llamaban poderosamente mi atención los vendedores que venía de Mogón o de la sierra con sus cestos de peces y sus hierbas aromáticas que se situaban en cualquier lugar que estuviese libre y al paso de los compradores. Y qué bullicio en aquellas tiendas de ultramarinos de las casas cercanas, Rebollo, un poco más lejos Miralles y por algún lugar que no localizo estaba la churrería pues su olor tan típico impregnaba el trajín diario del mercado. Me gustaba mirar la actividad en el almacén de carne, situado en una de las entradas del refugio, desde donde salían y entraban los Canales y otros carniceros que venían del matadero municipal. La caseta del fielato imponía gran seriedad a todos los que pasábamos y nos aseguraba que las pesas y balanzas romanas estaban reguladas correctamente y custodiadas para que no hubiese fraude alguno.

Tras el recorrido por el mercado bajábamos la empinada cuesta hasta el ayuntamiento, allí encontramos a doña Catalina y a las hermanas Vela, era una parada obligada, bueno, un saludo largo que podía convertirse en tertulia pues a ella se unía doña María López o Carmen la madrileña... hasta que el reloj del ayuntamiento hacía sonar la hora y nos volvía rápidamente a las tareas diarias: había que esperar al aguador, al repartidor de carbonilla, al que llevaba el periódico.... cuánta actividad y cuántas risas y qué bien perfumadas esas señoras tan de mañana y ocupadas en tantos quehaceres y tan solidarias y tan generosas... "luego te mando la receta del bizcocho" o "cuando vaya a llevar las medias a lo de Lanzas te dejo unas tortas que hicimos ayer en el horno"... Siempre había algo que llevar, que ofrecer o simplemente motivos como "pasaba por aquí y sólo vengo a saludar". Con el tiempo yo esperaba ser la protagonista principal de estas actividades y dejar de ser la niña boquiabierta que observaba cómo se vivía siendo mayor. Sin embargo en los siguientes años todo cambió muy rápido y ese aprendizaje en los hornos públicos y privados no llegó nunca y las confidencias sobre exquisitas recetas tampoco, tuve que solucionar este problema con el libro de Simone Ortega y si no hubiera sido por el microondas y otros inventos no sé cómo habríamos sobrevivido.

En fin, el mercado de abastos del siglo pasado no es sólo un espacio urbano y público desaparecido sino un montón de recuerdos que representan para cada uno sus propias vivencias y las relaciones con los que ya no están y que tan presentes continúan en nuestras vidas.